

## LASTARRIA: EL PRECURSOR

---

DON JOSÉ VICTORINO LASTARRIA (1817-1888) es el iniciador de la novela y el cuento en Chile. Críticos e historiadores de la literatura reconocen este hecho y no vacilan en destacarlo en su justa significación. Refiriéndose al autor de los *Recuerdos literarios*, dice Domingo Amunátegui Solar que “después de Bello, nadie con más derecho puede ser considerado uno de los fundadores de la literatura nacional”<sup>1</sup> y añade:

Sus cuentos pueden dividirse en varias clases: históricos, políticos y sociales. En unos y otros el estilo es fácil y elegante; pero en todos se echa de menos la fantasía propia del género (*Ibid.*, p. 81).

Mariano Latorre, por su parte, destaca igualmente el papel de fundador que desempeña Lastarria y define, con mayor precisión, tal vez, que Amunátegui, el carácter de su obra novelesca. Dice:

No nace el cuento en el siglo XIX en forma espontánea y como resultado de una evolución literaria. El talento de un hombre, más profesor que artista, más ideólogo que hombre de imaginación, lo ensaya en Chile por primera vez. Los cuentos de don José Victorino Lastarria tienen un argumento y un desarrollo novelesco adecuado, pero la calidad especulativa de su mentalidad les resta emoción y los acerca al ensayo. Dan la impresión de haber sido escritos para incitar a los escritores chilenos de su época a seguir su ejemplo, según se desprende de las palabras del discurso pronunciado en la inauguración de la Sociedad Literaria del año 42. Suponía Lastarria, con acierto, que la novela chilena debía tener cuerpo español (el idioma) y alma chilena (las modalidades del medio en que el escritor vivía)<sup>2</sup>.

<sup>1</sup>*Las letras chilenas*, 2ª ed., Santiago, 1934, p. 79.

<sup>2</sup>*La literatura de Chile*, Buenos Aires, 1941, p. 130.

Estas dos opiniones pueden considerarse típicas, tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista crítico. Lastarria empieza a publicar sus relatos en 1843 y es de suponer que los escribía ya desde fecha anterior. Se halla pues, cronológicamente hablando, en los umbrales mismos de la novela hispanoamericana. Con Lastarria se concretiza esa voluntad de hacer novela nacional que Sarmiento plantea en sus famosas polémicas sobre el romanticismo. Lastarria posee una clara concepción del género novelesco; sabe qué ingredientes debe usar el narrador de su época: el realismo en la descripción del ambiente y las costumbres, la trama compleja y sorpresiva de los folletines, el sentimentalismo de la novela pasional, el lenguaje autóctono que refleja la condición social de los caracteres, la intención satírica en las alegorías políticas. Aquello que no consigue, porque está más allá de sus poderes de escritor, es hacer uso artístico de esa concepción y de estos ingredientes. Lastarria no es un novelista por vocación ni por naturaleza, sino por voluntad académica. Vio la necesidad de crear una tradición novelesca en Chile y se dio a la tarea con entusiasmo, pero, desgraciadamente, sin genio.

Sus aciertos se encuentran en la sátira política, es decir, donde puede desplegar su talento panfletario y el vuelo de su pensamiento filosófico y social. Fracasa en los argumentos más sutiles que requieren la penetración del psicólogo y la intuición del poeta. Sobresale en la presentación de situaciones y en el manejo de un diálogo directo, más teatral que novelesco, diálogo que, a veces, llega a ser chispeante. Acaso hubiera descollado más en el drama. En todo caso, sus cuentos y novelas cortas, considerando la época en que fueron escritos, poseen el mérito de un esfuerzo visionario. Difícilmente lograrían apasionar hoy al público lector que no resistiría la ingenuidad que les caracteriza; pero sí interesan al estudioso que les ve en su propia luz: como dignas piezas de museo. Acerquémonos a ellos con afecto y delicadeza, y démosles una rápida ojeada, tocándoles apenas, ya que su fragilidad no resistiría un examen minucioso.

La primera de sus novelas cortas, o cuentos largos, es *El mendigo*<sup>3</sup>, en que el autor escucha, junto a las márgenes de un Mapocho primaveral y arcádico, la narración que le hace de su vida un pobre vagabundo. En la tradición, ya característica entonces, del folletín europeo, esa vida transcurre entre coincidencias asombrosas, en medio de calamidades que cincelan el alma del personaje a golpes crueles y le em-

<sup>3</sup>Mis referencias son a *Novelas y cuentos de la vida hispanoamericana* en *Obras Completas de don José Victorino Lastarria*, edición oficial, vol.

xii, Imprenta Barcelona, Santiago, 1913. La primera edición de "El mendigo", publicada en *El Crepúsculo*, data de 1843.

pujan sin remedio a la miseria y el desamparo. Muerto su padre, el héroe debe viajar a Lima y vivir allí con un pariente. Al poco tiempo muere también este benefactor dejándole en herencia cierta fortuna. Únese con un primo calavera y derrochador y, juntos, despilfarran hasta el último centavo. En una de sus escapadas el primo asesina a un rival, y nuestro héroe, acusado de complicidad, se ve forzado a huir. Regresa a Chile y se establece en La Serena, su lugar de origen, donde una anciana, ex sirvienta de su familia, le recoge. De pronto, el héroe recuerda un gran amor que iluminó su adolescencia; pregunta por su novia, Lucía, y le cuentan que vive prisionera de un español viejo, ricachón, celoso y violento. Gana entrada a la casa prohibida disfrazándose de carpintero. Poco le cuesta reavivar el fuego amoroso en Lucía y preparan una fuga nocturna. Le traicionan, sin embargo; es hecho preso y un amigo, que estaba al tanto de los pormenores de la fuga, se aprovecha y rapta a Lucía. . . Se acumulan, entonces, las coincidencias. El héroe, convertido en soldado, combate en Rancagua, bajo el mando de O'Higgins. En una escaramuza mata a un adversario que resulta ser su falso amigo. Se reconcilian los amantes; pero una vez más cae en desgracia el héroe, ahora prisionero de los españoles. Le condenan a muerte. El jefe enemigo consiente en perdonarle la vida a cambio de Lucía. Se sacrifica ella y el amante abandonado parte a Lima. Pasa el tiempo. Vuelve a encontrarla y la requiere de amores. Ella le rechaza. Decepcionado, vuelve a su patria y se entrega a la existencia vil del mendigo.

Con trama tan ingenua, Lastarria no consigue sino hacer el esbozo de una novela. A pesar de la abundancia de incidentes melodramáticos, la acción es lenta. El autor escribe en una prosa árida y plana, sin visos de emoción genuina. No hay ambiente definido ni personajes de psicología delineada. Tanto los sacrificios de Lucía como los quebrantos del narrador son *clisés* de la literatura folletinesca de la época. El mérito de la novelita está en que se introducen eventos de trascendencia para la historia de Chile, como el sitio de Rancagua, que Lastarria intenta utilizar con ese instinto del verdadero novelista tan propio de los narradores del realismo romántico, entre los cuales descollaría más tarde Alberto Blest Gana.

La pintoresca leyenda de la Monja Alférez le da ocasión a Lastarria de ejercitar con mejor fortuna sus modestas armas de cuentista. *El alférez Alonso Díaz de Guzmán*<sup>4</sup> es una novelita amena, de rápido desarrollo, que conserva el vuelo romántico de la época colonial y el corte violento de las aventuras de la mujer-hombre, enamorada sin

<sup>4</sup>Primera edición en *El Aguinaldo*, 1848.

esperanzas —un alférez enamorado de un compañero de armas ¡qué situación tan teatral, desdeñada por nuestros dramaturgos!—, celosa de quien nunca llega a conocer sus sentimientos, requerida por noble dama, y arrepentida, al fin, después de una cadena de duelos y asesinatos. Si la brevedad misma del cuento no permite perfilar claramente el carácter de los personajes secundarios ni comprender del todo los lazos pasionales que les unen y les separan, en cambio, esa misma brevedad contribuye a conferir intensidad dramática a la leyenda y a destacar los incidentes de violencia.

*Rosa*<sup>5</sup> es apenas un esquema de cuento basado en un drama pasional ocurrido durante las guerras de la Independencia: un coronel patriota es sorprendido en casa de su amante. Le fusilan antes de que sus compañeros lleguen a salvarle. La joven, desesperada, muere de amor... Lastarria carecía de la imaginación poética que pudiera haber dado vuelo y realidad a tal romance. Los elementos del relato son escasos y, en su escasez, difíciles de convertir en motivos literarios. El autor crea una atmósfera, sugiere un sentimiento, no alcanza a provocar la incertidumbre. El cuento se le esfuma en las manos.

*Peregrinación de una vinchuca*<sup>6</sup> es la primera de dos alegorías político-sociales que escribiera Lastarria para dar forma novelesca a sus campañas anticonservadoras. La acción sucede en 1858. Valiéndose de una idea fantástica —el viaje de una vinchuca pegada a las espaldas de un demonio que vuela desde el Mapocho a los infiernos—, el autor da rienda suelta a sus ímpetus satíricos; dispara a diestra y siniestra contra quienes, según él, mantenían al país en un estado de postración social y política. No nos extraña verle más animado y fogoso en este tipo de relato, ya que la literatura polémica fue siempre su fuerte. Pero no sorprende tampoco comprobar que ni aun en el terreno de la alusión panfletaria, manejando ideas en vez de personajes, logra crear una trama genuinamente novelesca o dar un hálito artístico a sus principios liberales.

De mayor envergadura es la segunda de sus sátiras: *Don Guillermo*<sup>7</sup>, de la cual ha dicho Raúl Silva Castro:

...en 1860, al escribir *Don Guillermo*, muchas de las ilusiones juveniles habían sucumbido. El cuento, como producto de la fantasía y de la imaginación creadora, desaparece aquí, literalmente, bajo el peso de los sarcasmos. Es más un libelo que obra de arte puro. Cuando hizo la reedición de *Don Guillermo*, años más tarde, vióse obligado a poner notas al pie para

<sup>5</sup>Primera edición en *El Progreso*, 1847.

<sup>7</sup>Primera edición en *La Semana*, 1860.

<sup>6</sup>Primera edición: 1858.

explicar las alusiones de actualidad que la habían perdido. Todas estas observaciones nos convencen de que *Don Guillermo* no es propiamente un cuento...<sup>8</sup>.

Trátase ahora de una alegoría en múltiples planos, dirigida ya contra los jefes reaccionarios, ya contra el clero, o contra la colonia inglesa en Valparaíso por el apoyo que ella daba al gobierno y por el desprecio que sentía ante las desgracias de los liberales. Lastarria parte de una idea sencilla: las aventuras de un vagabundo inglés que recorre incesantemente el camino entre Santiago y Valparaíso. Intrigado por esas andanzas, el autor se acerca a don Guillermo y se da maña para averiguar su secreto. Lo que sigue es una mezcla absurda de realidad y ficción: aparece un chivato en una cueva infernal, rodeado de diablos menores —frailes, políticos, jurisconsultos—, un hada madrina, Lucero, que despierta violenta pasión en don Guillermo, un hogar porteño donde se prepara malévolamente la encerrona para cazar a un pretendiente... Los lances se multiplican, las alusiones se tornan cada vez más obvias, las anécdotas ceden su lugar a pesadas digresiones didácticas. Jamás consigue el autor integrar esos dos mundos en que pretende dar realidad a sus personajes: la alegoría es confusa y artificial, los incidentes carecen de originalidad y se prolongan hasta la exageración. Hay un constante vacilar entre la tentación de arremeter contra el enemigo a base de especulaciones teóricas y la voluntad de mantenerse dentro del marco alegórico que no funciona. Es tal el atiborramiento de fábulas, sermones y frases poco chistosas, que el lector pierde la paciencia. Sorprende, eso sí, descubrir en medio de tanto artificio, elementos literarios que van a ser importantes para el desarrollo de la novela regionalista chilena: me refiero al diálogo entre rotos y huasos<sup>9</sup> y a las descripciones de paisajes típicos (*Ibid.*, págs. 251-253).

*El diario de una loca*<sup>10</sup> es el mayor acierto de Lastarria en el campo de la novela, su narración más limpiamente concebida, escrita en las frases cortas de un diario de vida que, en ocasiones, alcanzan notable dramatismo y que llevan la trama a fogonazos, entre luces y sombras, sin que decaiga la emoción. Hernán Díaz Arrieta ha dicho de esta obra:

En su novela de clave, *El diario de una loca*, vida del Presidente Ballivián, abandona a menudo la narración para reflexionar sobre cualquier cosa y

<sup>8</sup>*Panorama de la novela chilena*, México, 1955, p. 18.

<sup>9</sup>*Obras completas*, etc., págs. 195-198.

<sup>10</sup>Primera edición en *Revista Chilena*, 1875.

decir, por ejemplo, que andan por el mundo muchos a los cuales cuelgan el sambenito de locos y son Quijotes sublimes, apóstoles visionarios que andan predicando la libertad y el derecho, ajenos a la gente que los ve pasar, burlados pero no arrepentidos<sup>11</sup>.

Lastarria ha liberado aquí su lenguaje permitiéndole el vuelo irregular de una confesión personalísima, cortándolo en repetidas exclamaciones, en evocaciones sentimentales, en éxtasis ante paisajes exóticos como son los de Río de Janeiro, donde se encuentra reclusa la narradora. La evocación del drama que causa la locura de esta mujer aparece en forma indirecta por medio de lo que hoy se llamaría *flash-backs*, procedimiento ajeno a las otras narraciones de Lastarria.

Cuadros vívidos, a veces deslumbrantes —una tempestad en Río, la imagen del joven coronel al mando de sus tropas—, otras veces ocultos en tinieblas de honda desesperación —el diálogo con el hermano cruel y vengativo—, o en incomprensible domesticidad —el esposo que perdona el pasado escabroso de ella—, o en un golpe de muerte —el coronel atado al banquillo del patíbulo—, forman la estructura de la novela y le confieren la carga de dramático dinamismo rápido, emotivo, inspirado, sin más caídas que las que eran típicas de la novela sentimental de la época.

*Mercedes*<sup>12</sup> vale como pintura de ambiente: en el fondo opaco de un barrio santiaguino nace el romance entre un estudiante y una joven desposada que odia a su marido. De situación tan explosiva Lastarria no saca la hoguera necesaria. Su estudiante es sujeto cándido que cercena sus impulsos bajo el peso de un increíble voto de castidad. Mercedes se aburre. La novelita no tiene fin. El marido, un oscuro personaje, huye de pronto; Mercedes y Alejo no se ven más. . .

Los defectos de *Una hija*<sup>13</sup> son los ya característicos de los cuentos de Lastarria: personajes estereotipados —no hay desarrollo psicológico en ellos—, situación forzada para que sirva de base a una tesis, lenguaje convencional y, como remate, sentimentalismo alambicado. Sin embargo, justo es decir que, de todas sus obritas de ficción, es la que plantea un problema más sorprendente y, para su época, más audaz. Se trata del prejuicio racial visto a través de un drama familiar no del todo convincente, pero posible: tres hermanos, dos niñas y un varón, regresan a su patria, el Perú, después de haber permanecido largos años en Europa. Su padre, de nacionalidad inglesa, les alejó de la madre en la más tierna infancia por motivos que

<sup>11</sup>*Historia personal de la literatura chilena*, Santiago, 1954, p. 177.

lena, 1885.

<sup>12</sup>Primera edición en *Revista Chi-*

<sup>13</sup>Primera edición en *Revista Chilena*, 1885,

ellos ignoran. Muerto el padre, regresan a hacerse cargo de su herencia y descubren que su madre es una esclava negra libertada. La mayor de las hijas acepta el hecho con resignación y pone por encima de todo su devoción filial. Su prometido, un español, quiere obligarla a renegar de su madre. Los otros dos hermanos secundan las exigencias del novio. Así planteado el conflicto, Lastarria introduce otro elemento: el interés. Sugiere que el español anda detrás del dinero de su novia y que otro galán —hijo del apoderado del inglés— también rivaliza movido por la ambición de riquezas. Luisa, la hermana mayor, es la reina de la virtud; sus hermanos, prototipos del convencionalismo y del orgullo racial. La negra, que no aparece hasta el final, es figura desdibujada, conocida sólo a través de referencias, idealizada hasta el absurdo. No hay aspecto del problema racial que Lastarria no aproveche: tanto en el plano social como familiar e individual. En esto se adelanta a la novela realista hispanoamericana de fin de siglo. Maneja todos los hilos y resortes que darán mayor dramatismo al problema. En el fondo, las circunstancias que comprometen a los personajes son esencialmente teatrales. Lastarria parece darse cuenta de esto, pues usa a menudo la forma dialogada del teatro y prepara la entrada final de la negra con trucos típicamente histriónicos. El desenlace —un final feliz— es tan improbable, que resta consistencia al conjunto de la novela.

*Salvad las apariencias*<sup>14</sup> es la última de las novelas que publicó Lastarria, y creo no equivocarme al decir que es la de menor mérito. No pasa de ser una triste caricatura del tipo de novela pasional que abundaba en Francia a la sazón. Lastarria creyó conveniente explicarla en un prólogo de naturaleza crítica en que aquilata las ventajas y defectos de la novela naturalista.

Fácil resulta, al hacer el recuento de la obra novelística de Lastarria, concederle toda la trascendencia que ella merece en un plano histórico; más difícil es juzgarla con objetividad y evaluar estrictamente su aporte al desarrollo del género en un plano estético. Contemporáneos de Lastarria fueron Bartolomé Mitre, el autor de *Soledad* (1847), Juan María Gutiérrez, cuya novela *El capitán de Patricios* fue escrita alrededor de 1843, Vicente Fidel López, el autor de *La novia del hereje* escrita en 1840, Esteban Echeverría, autor de *El matadero* (1833), José Mármol, cuya famosa *Amalia* era ya conocida en 1844, para nombrar tan sólo a escritores de la vecina República Argentina. ¿Es legítimo el papel de precursor que se asigna a Las-

<sup>14</sup>Primera edición: 1884. Lleva pie de imprenta en Madrid, pero en no- ta se agrega que la edición fue publicada en Santiago.

---

tarria si le consideramos en el panorama total de la literatura hispanoamericana? Indudablemente que no. Su significación es, por lo tanto, restringida y, como novelista, atañe tan sólo a las letras chilenas. Aún así, conservando una justa perspectiva, su obra es digna de ser estudiada, si no por el mérito artístico que puede faltarle, al menos como antecedente de la novela romántica y realista chilena que estará en pleno auge en la segunda mitad del siglo XIX.